



toral. Esta fuerza de los estudiantes puede ser decisiva en las próximas elecciones primarias, las del Estado de Wisconsin (2 de abril), donde residen unos 100.000 estudiantes. Se habla ya del «student power» que sostiene a McCarthy, en paráfrasis del «black power», o poder negro.

**E**STA imagen ofrece por el momento mayor seriedad que la de Robert Kennedy, candidato tardío. McCarthy no tiene nada que arrojar en la balanza; Kennedy tiene demasiadas cosas. Tiene su magnetismo personal, tiene el apellido, la aureola del hermano asesinado. Tiene la experiencia de los altos cargos ejercidos en el gobierno de la nación —ninguno de ellos por sí solo; todos al amparo de un poder familiar— y tiene una inmensa fortuna —se le calculan doce millones de dólares, que son 840 millones de pesetas, no ganados por sí mismo, sino también de origen familiar; pero siempre va sin dinero en el bolsillo y pide a los que le rodean para pagar sus pequeñas cuentas. Generalmente se lo niegan porque con mucha frecuencia se olvida de devolverlo— y hasta ahora se considera que, sin dinero, nadie

puede ganar unas elecciones presidenciales en los Estados Unidos. Ha aprendido las tácticas electorales de su hermano —Robert Kennedy fue la figura principal en la campaña de John Kennedy— y está rodeado de un equipo intelectual de primera categoría. Solamente que todo es demasiado ostensible. Todo está muy en evidencia, y todo configura la imagen tradicional de un político clásico. En un cierto sentido, Johnson ha contribuido más que nadie a hacer odiosa la figura del político clásico. La forma en que burló a los electores en 1964, llevándoles a una política de guerra mediante una campaña de política de paz frente a Goldwater, creó una sensación de frustración y de fraude de la que ahora puede resultar perjudicado Kennedy. Si es un oportunista, ¿qué puede llegar a hacer un oportunista cuando se vea con el poder entre las manos?

**A**HORA bien, hay que tener muy en cuenta que todos estos movimientos son muy prematuros y no hay que confiar en ellos para profetizar lo que puede ser la elección de noviembre. Las elecciones presidenciales en los Estados

Unidos tienen una mecánica muy especial. Hay que conocerla.

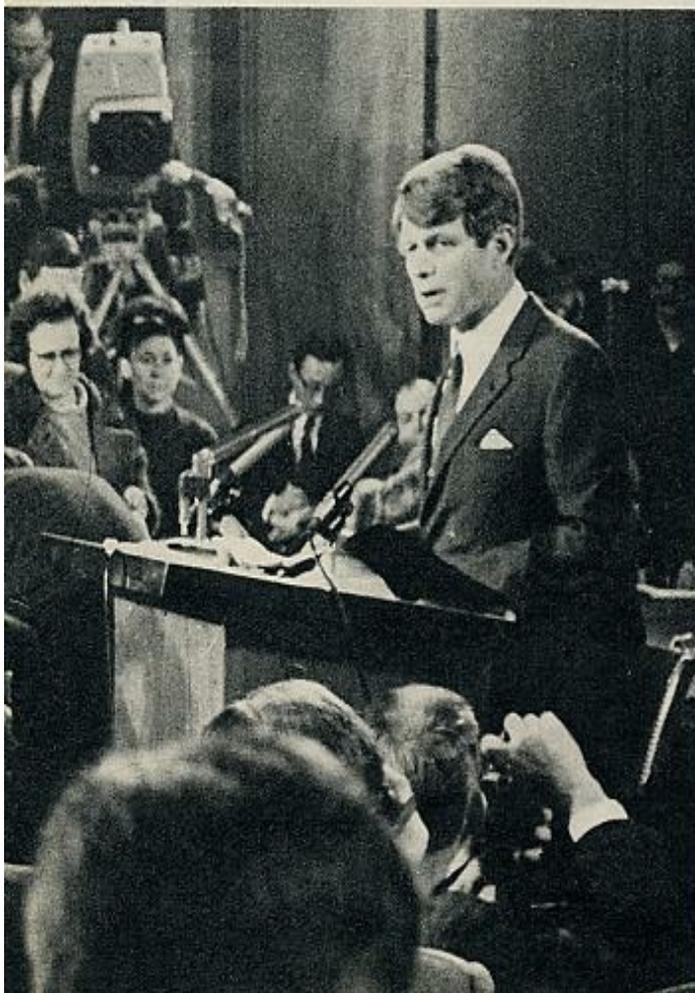
La primera fase electoral es la designación en cada uno de los Estados —cincuenta— de los delegados que han de asistir a las convenciones demócrata y republicana, que han de designar, cada una de ellas, el candidato a la Presidencia. Quince de estos Estados buscan sus delegados por elección: son las «elecciones primarias». Al elegir a los delegados, se sabe ya qué aspirante a candidato van a sostener en la convención. Por eso se dice que Johnson ha tenido el 48 por ciento de los votos en New Hampshire y McCarthy el 42; porque los candidatos elegidos reflejan esas opciones. Las quince «primarias» se desarrollan desde el 12 de marzo (New Hampshire) al 11 de junio (Illinois). Pero en los otros 35 Estados no hay elecciones: los delegados de las convenciones son nombrados directamente por los comités de los partidos. Es innecesario decir la cantidad de intereses en juego, de maniobras, de promesas mutuas, que intervienen en esa designación. Naturalmente, se tienen en cuenta los resultados de las «primarias» y las posibilidades reales de los aspirantes a candidatos presidenciales. Los aspirantes a candidato ejercen toda su influencia —propagandística, psicológica y de todas clases— para obtener el apoyo de los delegados. Estos se reúnen en convenciones: la convención demócrata y la convención republicana se van a celebrar durante el mes de agosto. En un ambiente medio carnavalesco, con unos «pasillos» repletos de maniobras, cada convención elige su candidato. Muchas veces el candidato sale de la primera votación, puesto que los delegados han sido previamente dosificados; otras veces, la lucha es mayor. Es una tradición que el partido que tiene un Presidente en el poder le elija de nuevo como candidato —si Johnson es supersticioso, que todo es posible, se inquietará de que el único precedente en contra de esta regla fuese el de otro Johnson: el Presidente Andrew Johnson, rechazado en 1868, hace justamente cien años, por su partido, el republicano—. Una vez designados los candidatos, hay ya dos hombres que se combaten ferozmente en un «ring» que ocupa todo el país: el candidato republicano y el candidato demócrata. La campaña electoral se abre oficialmente en septiembre. Extraoficialmente se está realizando antes. Todos los movimientos de aspirantes son ya parte de la campaña electoral. El candidato de cada partido anuncia la candidatura conjunta con un vicepresidente: normalmente está elegido en forma de con-

trafigura, para que entre los dos sumen el mayor número posible de votos: Johnson, conservador, tiene a Humphrey, liberal; Kennedy, liberal, se presentó con Johnson, conservador. Esta candidatura de presidente-vicepresidente se llama «ticket». Las elecciones propiamente dichas van a celebrarse el 5 de noviembre. Este año el censo electoral será de aproximadamente cien millones de electores (población total, 200 millones); generalmente, las abstenciones son de un 30 por ciento; es posible que este año haya menos por el interés de las elecciones, o más si la opción resulta sin salida y sin interés: por ejemplo, entre la guerra de Johnson y la guerra de Nixon. Estos votantes no eligen directamente un Presidente, sino un compromisario, un «gran elector» por cada circunscripción, y hay 538 circunscripciones agrupadas en los Estados de la Unión. Cada uno de estos compromisarios representa uno de los dos partidos: por lo tanto, en cuanto se sabe la filiación de los compromisarios elegidos, se sabe también cuál será el Presidente que ellos deben elegir el segundo lunes de enero; esa elección es puramente formal, pero hasta que no se celebre el Presidente no lo es oficialmente. Como el número de votantes populares no es el mismo en cada circunscripción, puede llegar a ocurrir que el mayor número de votos nacionales no coincida con el de los compromisarios; es decir, que un Presidente elegido por una gran mayoría de compromisarios tenga minoría de votos populares (1960: Kennedy, 34.049.976 votos populares, pero 303 compromisarios; Nixon, 34.108.157 y 219).

La descripción de esta mecánica sirve para comprender que las tendencias actuales son de muy escasa significación. Son movimientos previos, tanteos, tomas de posición. El gran secreto está en la reunión de los comités locales de cada partido, y en sus manos está depositado el nombre de cada uno de los dos candidatos. Pero está también en la Historia. Las elecciones presidenciales de 1968 no se juegan sólo en el interior del país, sino en el mundo. Es un gaje del imperialismo. Los acontecimientos del Vietnam, el mercado del oro, la caída del dólar, son elementos, entre otros, totalmente móviles, y su influencia de aquí a las convenciones de agosto, de las convenciones de agosto a las elecciones de noviembre, pueden hacer variar en mucho las salidas de la elección.

EDUARDO HARO TECLEN  
(Fotos: ARCHIVO)

Las acusaciones de oportunismo llegaron inmediatamente. La paz parece rentable.





**FRANCISCO  
UMBRAI**

Se incorpora hoy a nuestro cuadro de colaboradores la firma de este escritor joven, uno de los más brillantes de la nueva generación. Umbral ha destacado como cuentista —"Tamouré"—, como ensayista —con un "Larra" muy controvertido y un "Lorca", actualmente en prensa, que suscitará también la polémica por la audacia de su planteamiento—, como novelista —con "Travesía de Madrid", obra excelentemente construida— y como articulista a través de una asidua colaboración en diversos diarios y revistas. Gran estilista, Umbral cuenta ya, a pesar de su juventud, con una sólida posición en el panorama literario español.

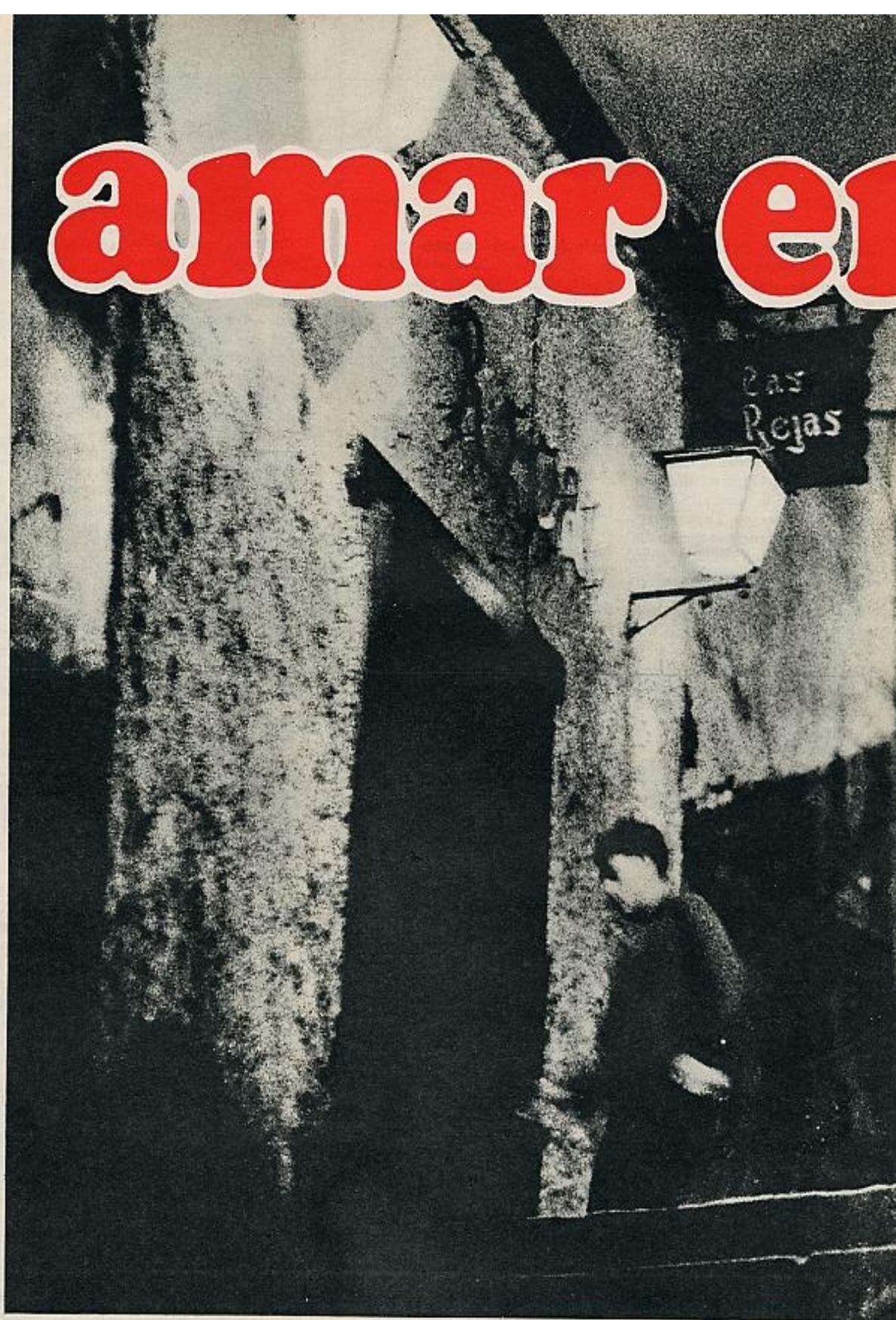
**XAVIER  
MISERACHS**

Desde este número inicia su colaboración en nuestras páginas Xavier Miserachs, uno de los fotógrafos catalanes más importantes de estos años. De él escribió José Pla a propósito de su libro "Costa Brava show": «Dejando aparte



los conocimientos que el señor Miserachs posee sobre la máquina fotográfica y sobre los problemas de óptica, conocimientos que nadie puede discutirle, a mí me parece que hay que destacar la manera como este señor se ha compenetrado con el paisaje y la gente del país». Y, efectivamente, Miserachs es un fotógrafo que junto a una perfección técnica extraordinaria une la sensibilidad de un artista. Por eso, sin desvirtuar la realidad sabe darle una interpretación original y potenciada hasta sus últimos matices.

# amar en



## 1 CRONICA DE LOS POBRES AMANTES

# n Madrid



**Del amor romántico del Retiro  
a los blouson-noir  
de la Dehesa de la Villa**

Madrid es una ciudad que ama mucho. Si Madrid, irrespirable ya de gasolina quemada, tiene cáncer de pulmón, bien podemos decir que su corazón padece, asimismo, insuficiencia mitral, que es la enfermedad de las mujeres jóvenes y sentimentales. Escribió una vez Dámaso Alonso: «Madrid es una ciudad de un millón de cadáveres». Pues bien, hoy esos cadáveres se han multiplicado por tres. Hoy somos ya tres millones de cadáveres. De cadáveres que aman mucho en la hora romántica del Retiro,

entre la fronda carolina y la monarquía adusta de los reyes de piedra. En el Parque del Oeste, en los borbónicos jardines de Sabatini, en el crepúsculo militar de la Casa de Campo. Amar en Madrid es amar en la calle, en esas calles traseras al mercado de Legazpi, a la estación del Príncipe Pío, al Palacio de los Deportes. Madrid ama en sus mil clubs a media luz y en sus carreteras de circunvalación, Madrid es una ciudad de tres millones de enamorados.

**«Este parque  
se cierra a las 8,30»**

Así decía en una pizarra enmarcada en hierro forjado. El parque era el Retiro. Y el letrero puntualizaba: «A las 8,30 de la noche». Las 8,30 es una hora indecisa, entre la tarde y la noche, mas para las severas autoridades municipales el incierto crepúsculo era ya la noche pecaminosa. Esto, hace unos años, cuando el Ayuntamiento enviaba a sus casas a los enamora-



## amar en Madrid

dos a la hora en que es más dulce cogerse de la mano.

En Madrid siempre se ha amado mucho en la calle. En el buen tiempo, por el buen tiempo. Y en el mal tiempo, porque el amor es pobre y sado-masoquista, y se estimula con el frío. Todo el género chico está lleno de romances de esquina. Después de la guerra civil, hubo unos años de represión sentimental en que el amor no estaba bien visto. Era cuando las parejas recurrían a la última fila de los cines de sesión continua, de donde les sacaba la linterna del acomodador y la multa del policía. Luego, las cosas se han ido aliviando y esto de la moralidad y sus conceptos ha dado muchas vueltas, hasta el punto de que hoy se ha pasado, de perseguir el amor, a protegerlo contra otros males callejeros, como luego veremos.

El Retiro tiene una hora difícil, aquella en que ya se han ido los niños con sus niñas y aún no han llegado los guardas a dar el aviso. Es cuando las avenidas, las glorietas, los bancos del primer parque madrileño se pueblan de parejas cogidas de la mano, de la cintura, del brazo. Iniciar el romance antes de esa hora equívoca sería pecado de escándalo contra la infancia que puebla el parque. Pero apenas ha encontrado uno el sitio, el banco propicio para su escena del sofá sin sofá, llega el guarda de ocre y rojo, con sus botones dorados y su sombrero del lejano Oeste, a hacernos saber que «este parque se cierra a las 8,30 de la noche». Es lo que dice en la pizarra. La ley es la ley. Actualmente, ya no se da nota en la prensa de los nombres y condición de los enamorados recalcitrantes, pero así se ha hecho durante algunos años, añadiendo a estos datos el importe de la multa que se les había impuesto.

El baremo de la pena sentimental ha sido siempre muy variable. Desde los antiguos cinco duros no devaluados hasta las actuales quinientas pesetas. En esto de las multas, lo único que rige es el criterio del guarda o del policía, la gravedad del «pecado» y la actitud de la pareja ante la autoridad. Suprimida aquella fórmula de sacar los nombres pecadores en letra impresa a la plaza pública, se han suprimido también muchos rigorismos en todo sentido. Hasta hace unos años, era difícil quedarse dentro del Retiro más allá de las ocho y media de la tarde. Las puertas de la verja se cerraban a esa hora y la pareja rezagada tenía que acabar entregándose voluntariamente a un guarda para volver a la libertad, previa amonestación sobre «la decencia de la joven» y «la perdición de la juventud». Pero, habitualmente, las parejas iban saliendo del Retiro a la hora de ley, remolonas, seguidas más o menos de cerca por los vigilantes. El paso al Retiro, sin embargo, ha estado siempre autorizado para automóviles durante toda la noche, entre otras cosas, porque, como es sabido, dentro del parque hay dos salas de fiestas caras. Con lo que empezamos a encontrar en el inquisitorialismo amoroso una primera discriminación clasista. El problema ya no es de conducta ni de horarios, sino de ubicación, y la ubicación es problema de dinero. El novio con quinientas pesetas en el bolsillo sí podía pasar al Retiro a avanzada hora de la noche, dentro de un automóvil o un taxi, camino de la sala de fiestas cara e influyente, y con excursiones marginales por el bello y solitario jardín nocturno. Luego en Madrid nunca ha estado prohibido amarse, sino solamente amarse a lo pobre.

Cuando, hace muy pocos años, un alcalde propuso echar abajo la verja del Retiro, en un alarde, quizá, de liberalidad, aparte de las razones estéticas y urbanísticas que se alzaron en contra de esto —muy acertadas, por lo demás—, surgieron las razones de escándalo, la alarma de entidades y particulares, de instituciones y familias ante la posibilidad de ver convertido el Retiro en un nocturno y accesible jardín de las delicias. Pero esas voces de la santa indignación no se han alzado nunca contra el amor en las salas de fiestas y cabarets, porque es un amor caro, de gente solvente con derecho a consumición de todo en nuestra sociedad. Hoy por hoy, las cosas se han liberalizado un tanto en la guerra de los sexos del Retiro.

Durante la mañana, vagan por el Retiro algunos viciosos solitarios. Guardas y policías municipales de la Armada persiguen continuamente a este tipo de delincuentes, si así puede llamarseles, pero la raza del pecador solitario, casi siempre perturbado mental, se perpetúa restringida e insistentemente. También a media tarde suelen aparecer estos extraños pobladores

del Retiro, y sólo una continua vigilancia, con el castigo y sanción correspondientes, consigue ahuyentarlos. Una variante de esta clase de enfermos sexuales son los que, en lugar de ser observados, van a observar; los buscadores y perseguidores de parejas. Esta clase de individuos, cuando actúan en solitario, se limitan a observar entre la fronda las expansiones de los enamorados; pero si van en grupo suelen molestar a las parejas de palabra o de acto. Estos grupos están formados casi siempre por adolescentes.

Aunque, como decimos, las cosas se han liberalizado mucho en el Retiro, la vigilancia sigue haciéndose necesaria. Amar en Madrid ya no es tanto delito como años atrás, pero tampoco ha conseguido la capital de España la liberalidad y naturalidad de otras capitales europeas (y no de París precisamente, donde una pareja de enamorados corre siempre los peores peligros por parte de los espontáneos profanadores de la intimidad al aire libre del amor).

La pizarra de la puerta de la plaza de la Independencia y la pizarra de la puerta de Hernani han estirado un poco sus horarios. Mas, en todo caso, el parque sigue clausurándose al atardecer.

Otro personaje muy peculiar de la fauna humana y sentimental del Retiro es el «buscón» de banco, el hombre, joven o maduro, que pasea por las alamedas forzando el encuentro al azar, la aventura, la conversación, el romance, no se sabe a qué nivel, con qué sexo, en qué condiciones. Los amores del Retiro darían para toda una novela a la manera de Pío Baroja, paseante asiduo e inofensivo, por cierto, del parque madrileño.

### Paraíso cerrado para muchos, jardín abierto para pocos

Así podemos llamar, parafraseando al clásico granadino Soto de Rojas, al parque del Oeste y la Casa de Campo. El parque del Oeste, que en otro tiempo fue paseo predilecto y derivante de un gran enamorado solitario, amante de la Belleza pura, Juan Ramón Jiménez, tiene en sus alamedas, en sus paseos oblicuos, en sus bancos, una larga historia de amor. El parque del Oeste y sus inmediaciones, desde Rosales, en lo alto, a los viveros de la Villa, allá abajo, es lugar muy frecuentado por las parejas. Como el parque no tiene verja, como aquí no hay posibilidad de ponerle puertas al campo, la autoridad pertinente ha optado por cerrar las entradas, a última hora de la tarde, con una sencilla cuerda y un cartel.

Naturalmente, no cuesta ningún trabajo saltar este obstáculo, pero la cuerda es más simbólica que otra cosa. Pasar al otro lado de ella es ponerse al margen de la ley. Y las parejas se



## amar en Madrid

abstienen, por lo que pueda ocurrir. En alguna medida, también se ha liberalizado todo esto últimamente en este parque, como en el Retiro, mas la vigilancia sigue siendo estricta, sobre todo a las horas en que acuden niños a estos jardines.

Ultimamente, el amor ha cambiado de signo en algún parque madrileño: se ha mercantilizado. A mediodía y por las noches estivales, pueden verse en algunos de sus paseos y en los bancos que bordean la calzada, mujeres solitarias con un bolso en la mano. Durante el día, las más cuidadosas de las apariencias leen o fingen leer. De pronto llega un automóvil —con frecuencia un seiscientos—, rodando despacio; se detiene ante la mujer solitaria del banco y el conductor —por lo general, único ocupante del coche— habla con la desconocida a través de la ventanilla. Tras el breve diálogo, ella regresa a su rincón en el banco o sube al coche, que se aleja rápidamente.

En todo caso, esta modalidad del parque y el automóvil es nueva en la historia de la profesión, y no entra exactamente en el tema de nuestro reportaje, pero sí vale la pena subrayar su impunidad en tanto que el amor verdadero sigue siendo espiado de reojo. ¿Qué hubiera pensado Juan Ramón Jiménez, que escribió bellas prosas sobre este parque, de los encuentros de la solitaria y el automovilista? Las «respetuosas» menudean en esos parques. Pero la pareja tradicional, esa sempiterna pareja española que antes se cogía del brazo y ahora se coge de la cintura, sigue siendo protagonista principal de la novela rosa de estos bellos parques madrileños.

La Casa de Campo, de apariencia tan sugestiva para los enamorados, esconde, por decirlo así un guarda detrás de cada árbol. Hasta hace apenas un año, la Casa de Campo —bosque profundo, variado y silvestre— estaba tapiada en todo su perímetro. «Paraiso cerrado para muchos». Los únicos accesos a este paraíso eran las grandes puertas de verja: la principal, frente al Manzanares; una en la carretera de Castilla, dos en Somosaguas y tres en el paseo de Extremadura. El amor en la Casa de Campo ha tenido siempre el inconveniente de la mucha vigilancia. Vigilancia, empero, no temible, ya que los guardas que la ejercen suelen ser amables con las parejas y se limitan al tono admonitorio. Muchos de estos guardas van de paisano, para no levantar la alarma en la pareja, y puede reconocérseles por una varita de mimbre que suelen llevar en la mano. Las puertas de la Casa de Campo se cierran también a las ocho o las nueve, según la época del año, y es difícil quedarse dentro, pese a la gran extensión del bosque, porque unos cuantos jeeps suelen recorrer carreteras y senderos, con los faros encendidos, antes de la hora de cierre. El intento evidente de una pare-



*Iniciar el romance antes de esa hora equivocada sería pecado de escándalo contra la infancia que poco antes poblaba el parque.*



En Madrid se ha amado mucho en la calle, tanto en el buen tiempo como en el malo, porque el amor es pobre y sadomasoquista.

## amar en Madrid

ia de quedarse emboscada dentro de la Casa de Campo después del cierre de las puertas, es multado con mayor severidad que la propia expansión amorosa.

En domingos y días de fiesta, la Casa de Campo se puebla de parejas con mayor densidad que durante el resto de la semana—sobre todo en el buen tiempo, naturalmente—, pero esos días festivos se caracterizan también por la afluencia de familias enteras, ramales de la mesocracia madrileña, que, con sus niños y sus viejos, con sus hábitos inquisitoriales—la Inquisición, en España, fue mucho más que una institución; es algo que los españoles llevamos en la sangre—, hacen imposible la libertad del amor. Mucho más difícil que burlar a un guarda jurado es burlar a una vieja goyesca o a un señor vestido de luto. En la Casa de Campo, en domingo, se ve bien esa gran verdad de que los españoles nos pasamos la vida vigilándonos unos a otros, como torquemadillitas de nosotros mismos.

Ultimamente, la tapia de la Casa de Campo ha sido echada abajo en toda la zona que va de la puerta principal al puente de los Franceses. Y no, desde luego, por afán liberalizador, ni siquiera por gusto paisajístico—el bosque se ofrece ahora muy bello, desde la carretera—, sino por ampliación de esa entrada a Madrid, que ha sido convertida en autopista. Con esto, la Casa de Campo empieza a ser jardín abierto para muchos.

A buscar el amor a la Casa de Campo acuden a veces gentes insospechadas, como aquellos ingleses que, hace unos años, se llevaron a un maletilla del calvero donde se entrenan los futuros toreros. (El maletilla aparecería días más tarde, muerto y violentado, en un hotel madrileño, y su novia, una bella muchacha apellidada Velázquez, que ahora hace cine, teatro, publicidad, etc., estuvo a punto de protagonizar una película sobre el caso, película que iba a realizar Miquel Buñuel).

### Balada de gamberros

Pero la violencia polarizada en lo sexual tiene su diaria balada en otra zona del Madrid periférico: la que va de Puerta de Hierro a la Dehesa de la Villa. Por aquellos montículos, al atardecer, se esconden algunas bandas de gamberros a la caza de parejas de enamorados. Casi todos estos semi-delincuentes han pasado ya la adolescencia.

Cuando una pareja de novios se interna por los arbolados de esta zona, pronto advierte que un tipo la va siguiendo como distraídamente. Puede tratarse de un paseante solitario, o de un hombre que espera a alguien. Pero, poco más tarde, aparece otro hombre, distante del primero. Y luego otro. Y otro. Si la pareja se ha puesto en guardia, pronto advertirá que hay entre to-



dos ellos aparecidos una estrategia que les une. Pronto formarán grupo. El deporte de estos grupos es atacar a las parejas, violentarlas, robarlas o, simplemente, golpearlas. Pero, como decíamos al principio, la autoridad, que hace unos años se dedicaba fervorosamente a perseguir a las parejas, debe dedicarse ahora a protegerlas. Y así lo hace. Casi siempre, antes de que se haya producido la agresión del grupo, aparece un policía de la Armada con la pistola en la mano. Primero advierte a la pareja del peligro que corre, y luego se acerca al grupo para dispersarlo. Quizá la acción que se ejerce contra estas bandas de gamberros no es suficiente. Lo cierto es que todos los años, con el buen tiempo, reaparecen en aquella zona, que suelen conocer mucho mejor que la policía. Los

agentes se confiesan incapaces de acabar con esto. Y su medida de prudencia es advertir a las parejas para que no vuelvan por allí. Una solución cómoda, pero no convincente. Contra estos saltadores del amor debiera procederse con la misma dureza que se ha aplicado tantas veces innecesariamente a un hombre y una mujer que se abrazan debajo de un árbol.

### Las calles

La calle que bordea la parte trasera de la estación del Norte o del Príncipe Pío es, por su soledad provinciana y su escondida situación, una de las pocas que van quedando en Madrid donde todavía las parejas pueden apuntalar su amor contra el largo muro que cierra esta calle por uno de los lados.

Pero, en general, el amor de tapia y solar va desapareciendo de Madrid. Los grandes solares de la avenida del Generalísimo, hoy casi todos en trance de edificación, han sido uno de los últimos refugios del amor trashumante. Pero la edificación y la densidad del tráfico, que invade ya incluso las calles más apartadas y difíciles, han hecho por la «moralización» de la calle madrileña más que toda la vigilancia policial de muchos años. Por otra parte, el aumento del nivel de vida se refleja también en esto. La calle o los portales ya no son sitios de quererse. Incluso las parejas de clase más baja tienen su cafetería de barrio donde robarse un beso en lo que el camarero va a la barra y vuelve de la barra.

Madrid, en verano, es una eclosión erótica. Pero, en general, la gente tiene ahora «donde ir». La calle va dejando de ser la calle. Y, de otro lado, la instantánea callejera de la pareja que se besa al vuelo o camina tomándose de la cintura, es cada día más frecuente, y el turismo nos ha habituado a ella. Se ama menos en la calle y, cuando se ama, es de una manera más natural. El último aire del erotismo callejero es eso que alguien llamó una vez el «piropito madrileño». La calle de Madrid sigue estando erotizada de piropos, como en los tiempos del género chico.

Digamos que todo es hoy más natural y a la vez más complicado—más «civilizado»— que en aquellos tiempos. El donjuán callejero, que hoy llamamos «ligón», todavía ejerce por las esquinas. Pero el cansancio y la frustración se le van notando por días en el rostro avizor. La calle más erótica de Madrid no es Echegaray, ni Peligros, ni Desengaño, ni siquiera la Ballesta, sino la Gran Vía, calle mayor del erotismo nacional, donde el amor se confunde ya con tantas otras cosas, y donde Madrid mejor descubre su condición cortesana en el doble sentido de la palabra.

Texto: FRANCISCO UMBRAL  
Fotos: XAVIER MISERACHS

PROXIMO NUMERO:  
AMAR EN MADRID(II)

A  
MEDIA  
LUZ  
LOS DOS

